

Rutilio: luz en el camino del pueblo Salvadoreño

David Gabriel Molina

El recién pasado 12 de marzo fue el aniversario de uno de los grandes personajes de El Salvador, hombre defensor de los campesinos y en general de los pobres y vulnerables. Un cristiano que hizo verdadera práctica del evangelio con los que le rodeaban o como le llaman los teólogos “una verdadera praxis”. Sin lugar a dudas Rutilio Grande es ese hombre que se ganó el amor y el respeto, no solo del pueblo salvadoreño, sino de muchos fuera de nuestras fronteras, ya que su trabajo pastoral fue distinto al trabajo común de los de su época o incluso a los de ésta, ya que Grande sintió y vivió el mensaje del evangelio con aquellos que han sido siempre los olvidados, los marginados, los excluidos o los que han sido siempre vistos como cualquier cosa, los pobres.

La admiración por este hombre radica en aquella entrega total e incondicional por la búsqueda incansable de la justicia, la equidad social y el respeto de los derechos que padecían en esos momentos las mayorías populares de nuestro país y de manera particular, la población de Aguilares; cabe resaltar que Rutilio siempre hizo su trabajo con amor, por lo que podemos definir su carácter y personalidad con las palabras del apóstol Pablo a los Corintios, en un canto clerical, “Si yo no tengo amor yo nada soy, Señor: el amor es comprensivo, el amor es servicial, el amor no tiene envidia, el amor no busca el mal; el amor disculpa todo, el amor es caridad, no se alegra de lo injusto, sólo goza en la verdad”.

En el mes de marzo de 1977, para muchos se dio un suceso que cambió la realidad de cada uno y que generó a la vez mucha tristeza y desesperanza, porque uno de los defensores de la tierra cuscatleca había sido quitado. Sin embargo, los malhechores que habían asesinado a Rutilio, no se dieron cuenta de que solo

eliminaban el cuerpo del Padre, porque su espíritu y presencia se pueden ver y sentir incluso hoy en día, en cada uno de los que le conocieron y de los que no le conocimos. El Padre Grande sigue dando honor a su apellido, pues sigue siendo así, grande. Convirtiéndose en motivo de conversión, esperanza y alegría en nuestros días, por sus ideas, sueños y objetivos que tenía como hombre de Dios, pero sobre todo por su trabajo que se vio, se sintió y aún sigue multiplicándose.

Monseñor Romero y Tilo, como muchos le llamaban con cariño, se habían conocido en el Seminario San José de la Montaña, en donde Tilo fue director; en ese lugar es donde se da una estrecha amistad. Rutilio como buen amigo de Romero, y según nos cuenta la historia, siempre le decía que desde su posición como Arzobispo exhortara a las personas de poder con las que se relacionaba, ya que estaban haciendo un grave daño al pueblo salvadoreño, por la explotación en los salarios injustos a los campesinos y las largas horas de trabajo sin remuneración. En general todo tipo de explotación y violencia que se daba en el país a manos de la oligarquía. Por su parte, Romero se sentía en conflicto, porque los oligarcas siempre encontraban una justificación ante cualquier situación que Tilo le expusiera a Romero.

Cabe señalar que Romero en esos momentos era una persona totalmente entregada a sus libros y una persona muy poco involucrada en las situaciones que agobiaban nuestro país. Fue hasta la muerte de su amigo Rutilio cuando algo surgió en Monseñor Romero, ya que él lo conocía muy bien y sabía que lo único que su amigo quería era lograr que toda la población, y su pueblo, el Paisnal, tuvieran una vida justa y digna.

Para Monseñor Romero la noticia del asesinato de Rutilio fue algo que trascendió a mucho más que la tristeza y el dolor de perder a un gran amigo y hermano; ahí Romero inicia una profunda reflexión de sí mismo y de su trabajo frente a las necesidades del pueblo, es decir, se da un giro de 180 grados o una perspectiva nueva donde se replantea su visión y trabajo; menciono esto porque como lo he dicho ya, Monseñor no siempre fue como hoy en día lo conocemos. A partir de lo antes mencionado, podemos decir que Rutilio fue luz en la vida de Romero y es por ello que algunos dicen: "No podemos conocer a Monseñor Romero, sin conocer primero a Rutilio Grande"

El pasado 12 de marzo que se celebró el 38 aniversario de la lamentable pérdida del padre Rutilio, fueron muchísimas las personas que nos concentramos en el lugar en donde un grupo de militares vestidos de civiles asesinaron a Rutilio, junto a Manuel Solorzano de 72 años y al adolescente Nelson Rutilio Lemus de 16 años. En el lugar, hoy en día se ha levantado un monumento donde hay tres cruces, simbolizando cada una a aquellos tres hombres salvadoreños asesinados en manos de la injusticia y la perversión por el pecado. Y es en este mismo lugar donde además se cantaron himnos, se reflexionó sobre la vida y legado de Rutilio y se hizo una oración muy al estilo de la vida comunitaria o campesina, se salió posteriormente en procesión hacia la parroquia de Aguilares. En el trayecto hubo muchos cantos, frases y reflexiones alusivas a Rutilio; fueron varios los kilómetros recorridos; sin embargo niños, adolescentes, jóvenes y adultos caminamos con mucha alegría y devoción a celebrar una misa en memoria de nuestro querido pastor y mártir.

Estando en el lugar, la misa no se celebró dentro de la parroquia como suele celebrarse, sino en un área aledaña. Era una pequeña plaza frente a la alcaldía de dicho lugar, ahí estaba adornado y adecuado para tal actividad. El altar se encontraba con muchas flores y varias personas caminaban de un lugar a otro ultimando detalles; poco a poco se fue llenando de una manera tan ágil que las sillas comenzaron a escasear y algunos tuvimos que estar de pie durante toda la celebración. A la actividad se hicieron presentes las máximas autoridades de la iglesia católica; también llegaron personas de gobierno y de diferentes instituciones. La sorpresa del aniversario 38, fue la presencia del cardenal Vicencio Paglia, quien es el enviado por el papa Francisco, para realizar la beatificación de Monseñor Romero en El Salvador, en mayo próximo.

El Cardenal en la homilía manifestó su profunda alegría y amor por el pueblo salvadoreño, además destacó su enorme admiración y respeto por Rutilio y Romero, denominando así a nuestro pueblo, como pueblo santo.

Definitivamente fue una experiencia llena de mucha reflexión y esperanza para todos aquellos que participamos. También pensaría que el verdadero sentido de estas actividades conmemorativas debe ser recordar y tomar conciencia sobre la historia

de nuestro país y la lucha de nuestros mártires, pero sobre todo retomar y actuar, porque de lo contrario no tendría mucho sentido solo recordar las luchas de aquellos grandes hombres y mujeres.

Tenemos el deber y la obligación de continuar la construcción del reino de Dios entre nosotros, ese reino y realidad distinta que creyeron todos aquellos que entregaron su vida, firmes en la fe que ahora debe continuarse por el bien de todos y todas, de lo contrario no debemos lamentarnos, porque somos lo que sembramos y hacemos cada día.